

EDICIONES
IDEALES

50
CTS.

LORETTA YOUNG
RICHARD BARTHELMESS



Gloria y Hambre

EDICIONES IDEALES
— DE —
La Novela Semanal Cinematográfica

(Publicación semanal
de argumentos selectos)

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Ediciones BISTAGNE - BARCELONA

Año II

Núm. 64

Gloria y hambre

Dramático asunto, interpretado por
RICHARD BARTHELMESS, LORETTA
YOUNG, MAC DONALD, etc.

Es un film de la famosa marca
WARNER BROS - FIRST NATIONAL

Distribuido por
**WARNER BROS - FIRST
NATIONAL FILMS, S. A. E.**
Paseo de Gracia, 77 - Barcelona

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Gloria y hambre

Argumento de la película

Agrupados en torno a la mesa del capitán los soldados escuchaban las palabras que éste les dirigía. Estaban en el interior de la trinchera, mal alumbrada por la luz mortecina de una lámpara. Eran momentos de angustia en los que era preciso decidir sobre una importantísima cuestión. Eran momentos en los cuales era necesario que unos hombres valientes, decididos, arriesgados, salieran bajo el fuego granadeado del enemigo para ir a tomar unas posesiones que estaban poco distantes de la trinchera.

El oficial había acudido al llamamiento del general presintiendo que alguna misión peligrosa se le iba a confiar. Durante la guerra todos los hombres sentían el terror de lo inevitable y en el pecho de cada uno de ellos latía el valor desesperado del que quiere vencer a toda costa.

—Estas posiciones—dijo el general señalando en un plano las que debían ser tomadas—han de ser ocupadas por sus hombres hoy mismo, antes de que amanezca y la salida de la trinchera se haga imposible.

—¡General!—exclamó el oficial, hombre joven y lleno de vehemencia—.Esas posiciones están en línea recta ante la ametralladora alemana que nos acribilla desde hace dos días.

—Por eso es preciso tomar las posiciones y acabar con la ametralladora alemana—replicó seriamente, decididamente el general, para el que la posible pérdida de un puñado de hombres no podía representar nada en aquella trágica aventura de la gran guerra en la que la muerte del

individuo no tenía importancia ninguna—. Ataquen ustedes con granadas de mano y sigan adelante... o no vuelvan más a la trinchera. Tengo órdenes superiores concretas. Es cuestión de arriesgarlo todo, todo, ¿comprende?

—Comprendo, mi general—contestó el oficial cuadrándose ante el hombre y saliendo del agujero que servía de cuartel a la alta personalidad.

El oficial llamó a los soldados de su compañía, los reunió en torno suyo, les miró con una larga mirada en la que había comprensión, pena, angustia, amargura, y les dió la orden que él acababa de recibir.

—Esta orden parece un suicidio, ¿verdad?—les preguntó, sonriendo con una amarga sonrisa a la que algunos soldados correspondieron, mientras otros permanecían con el rostro contraído por el terror que en vano trataban de ocultar.

—No me gusta esa orden—dijo uno de ellos, pasándose la mano por la frente en la que un sudor frío asomaba como reflejo claro de la angustia del que pronunciaba aquellas palabras.

—No nos gusta a ninguno de nosotros, pero debemos cumplirla. Perderemos ocho o nueve hombres... No sabemos cuáles de nosotros no volveremos más... No importa. Quiero que todos lo entendáis bien. Quiero que todos os percaís de la importancia de la misión que se nos ha confiado. Hay que hacer prisioneros... especialmente algún oficial boche... Esa ametralladora que desde hace tres días no deja de cantar ha de quedar muda para siempre. Usted ocupará el agujero más próximo con dos hombres—dijo, indicando a un sargento—. Y usted el agujero más distante con tres hombres—añadió dirigiéndose al cabo—. Yo seguiré con los demás. Saldremos todos de nuestros escondites cuando nos den la señal y atacaremos seguros de que vamos a triunfar, sin volver el rostro atrás para contemplar al que cae. No podemos mostrar debilidad ni podemos dejarnos vencer por el terror. Mientras ustedes están en los agujeros señalados, Tom y yo atacaremos el centro y ustedes atacarán los flancos. Así es muy posible que fracasemos todos... Dentro de veinte minutos exactamente saldremos de aquí. Hasta entonces pueden descansar, que bien necesitaremos de nuestras fuerzas cuando suene la hora.

Tom y Holmes son dos soldados americanos. La compañía que va a entrar en campaña y emprender la peligrosa mi-

sión es una compañía de soldados americanos, de soldados que han dejado allende el océano a sus familias y a sus hogares para venir a prestar su ayuda a sus hermanos los europeos, la parte de europeos que lucha contra la Europa central que pretende dominarlo todo. Tom y Roger, son amigos de la infancia y se encuentran hoy reunidos ante la muerte que les acecha a cada paso. Tom es un muchacho fuerte, sano, ágil, valiente, mientras que Roger, hijo de una rica familia, mimado por la fortuna y por la posición social que ha ocupado siempre, es un muchacho débil, medroso, cobarde, al que cada estallido de una bomba hace dar una sacudida fuerte a su corazón. Tom lo sabe y pretende animarle, hablándole en aquellos minutos que faltan para lanzarse al ataque. Han salido ya de la trinchera y están agazapados en el agujero que les han asignado en espera de que suene la señal. Tom mira a su compañero que tiembla bajo la lluvia fría y menuda que inunda la noche y bajo la impresión de pavor que le causa aquella terrible aventura que van a correr.

—¿Tienes noticias de tu madre, Tom?—le pregunta Roger en voz baja, angustiado y queriendo ahuyentar de su imaginación la tortura de la idea del peligro.

—Sí, hace dos días tuve carta suya. ¡Pobre madre! No puede olvidar a su hijo, que es lo único que tiene en el mundo.

—Yo hace tiempo que no sé nada de mi casa.

—No te inquietes, Roger, mamá me habla en su carta de tu padre, al que vió en el Banco, y dice que tu familia está muy bien. Se habrá retrasado la carta de ellos o acaso se haya perdido. Ya sabes cómo anda todo en estos tiempos en que los soldados somos como ratones que nos pasamos la vida bajo el suelo... ¡Cualquiera puede dar con nosotros!...

—Es verdad...—replicó Roger, mientras hundía su cabeza porque sobre ellos pasaban silbantes las balas de la ametralladora que no cesaba en su tiroteo.

—¿Tienes miedo?—le preguntó Tom.

—Confidencialmente... sí—replicó Roger mirando con los ojos agrandados por el espanto a su amigo.

—Yo también lo tengo, pero no confidencialmente—rió Tom con ruda franqueza—. Tengo un miedo espantoso, pero

el mismo miedo da valor. Andando, ha sonado la señal... Hasta luego.

Tom salió del agujero y se lanzó al ataque con sus compañeros. Roger, aprovechando la oscuridad de la noche, la lluvia torrencial, el tumulto producido por el ataque y la imposibilidad de comprobar quiénes eran los que con más valor se arriesgaban a la temeraria empresa, se quedó escondido en su agujero, en espera de que los demás volvieran...

Tom fué el que llegó hasta las avanzadas enemigas, Tom fué el que expuso con una osadía admirable su vida para cumplir con el deber que les habían impuesto, Tom fué el que capturó a un oficial alemán al que hizo arrastrarse ante él, amenazándole siempre con una pistola y logrando llevarle hasta el agujero de retaguardia en donde Roger seguía escondido. En el momento en que Tom iba a bajar al escondrijo una granada le alcanzó; dió un grito de dolor y de angustia y cayó de bruces sobre el suelo cenagoso, entre las alambradas que le destrozaban el pobre cuerpo inerte.

Roger empuñó entonces el revólver y condujo hasta la cercana trinchera al oficial alemán.

Aquello fué su triunfo. Sus superiores le felicitaron. Se le concedió la cruz del mérito. Se dijo de él que era un valiente, que su admirable intervención había puesto término a la mortífera máquina que les estaba atacando día y noche. Roger no tuvo valor para confesar la verdad. En el primer momento lo intentó, pero no le dejaban hablar, colmándole de felicitaciones y de agasajos. Tuvo que ceder y dejar que le consideraran un héroe. Al fin y al cabo el verdadero héroe había quedado allí, en el campo de batalla, tendido sobre el barro... desaparecido para siempre. ¡No podría irle a reclamar la gloria que él se asignaba!...

* * *

Aquella fué una de las últimas batallas sostenidas en los campos de Europa. Los ejércitos imperialistas, vencidos por la fuerza de los aliados, tuvieron que rendirse, y el armisticio fué firmado después de los cuatro años de odio, de muerte, de desolación y de espanto que asolaron al mundo y devastaron a Europa.

En el hospital alemán se recibió la orden de que, a causa de la firma del armisticio, habría entre los países un canje de prisioneros, y se pedía se concediera la libertad a aquellos que mejor hubieran soportado su época de prisión. El director del hospital llamó a Tom, a Tom que había sido recogido por las ambulancias alemanas, después del ataque en el que él había caído herido gravemente, y trasladado a aquel hospital en donde había recibido una asistencia magnífica y donde se le habían tenido las más finas consideraciones.

—Volverá usted a su país—le dijo el director—. Hoy mismo será devuelto a sus propias líneas. Allí acabarán de curarle a usted. ¿Siente aún dolores muy intensos?

—Doctor, siento dolores insufribles — replicó Tom que andaba todavía dificultosamente apoyado en sus muletas.

—Tiene usted todavía fragmentos de acero en la columna vertebral. Ahora sería muy peligroso extraerlos. Está usted sumamente débil a causa de las diversas intervenciones que se le han tenido que practicar. Es preciso que se restablezca por completo para tratar una nueva operación. Nosotros no podemos ayudarle. Tenemos muchos enfermos de los nuestros que precisan nuestra asistencia y nuestros cuidados... Siento mucho tenerle que devolver así... Pero carecemos de medios para ayudarle por más tiempo... De todas suertes, yo le daré un medicamento que le ayudará a soportar sus dolores.. Tome, es piadoso ayudarle a usted, aunque la droga que le entrego sea muy peligrosa... Usted sabrá hacer de ella buen uso...

—¡Morfina!—exclamó Tom, tomando el frasco que el doctor le presentaba.

—Sí, morfina, es lo único que le hará vivir cuando el dolor se haga insufrible. Cuando no pueda resistir más tome uno de esos comprimidos... No abuse de ellos... Aguante hasta que sienta que la desesperación nubla su cabeza. Cuando esté más fuerte podrán operarle de nuevo y todos esos dolores y esas angustias desaparecerán por completo.

—Gracias, doctor, gracias por todo cuanto han hecho por mí... Hasta hoy hemos sido enemigos... Hoy que la paz está firmada puedo considerarme como su hermano.

—Animo, amigo mío. Los que estamos dedicados a aliviar los dolores de la humanidad, los que estamos en contacto

directo con todos los sufrimientos y con todas las tragedias de la carne, no vemos enemigos más que en aquellos que no saben comprender las necesidades del cuerpo herido y en aquellos que no quieren secundar nuestra obra de humanidad y de consuelo.

Los dos hombres se estrecharon la mano en un signo de afectuosa despedida y Tom fué restituído al ejército norteamericano, que era devuelto a su país en las grandes naves de guerra que de allá habían venido trayendo una juventud magnífica, prometedora, alegre y esperanzada y que devolvía ahora a una humanidad deshecha, una humanidad formada por cuerpos mutilados y por espíritus agostados en el trágico episodio que marcaba una era en la historia del universo.

Sobre la cubierta del barco que le devolvía a su país Tom encontró de nuevo a Roger. Roger era de los pocos que volvían a su tierra sin una herida, sin una amargura, sin una total depresión del espíritu. Roger volvía a su tierra envuelto en la aureola del héroe y bien ajeno a que su gran tragedia debía comenzar precisamente ahora que la guerra había terminado.

Iba Tom sentado en una de las sillas que había sobre cubierta y Roger, sacando su pitillera del bolsillo, ofrecía a los soldados tabaco para fumar, sin fijarse en Tom que estaba algo separado de él.

—¿Quiere un cigarro?—preguntó a uno de los soldados que no había hecho el más pequeño gesto cuando Roger puso ante él su pitillera.

—¿Para qué fumar, cuando no se ve ya el humo?—replicó el interpelado con una infinita tristeza en la voz.

—¡Oh, perdón!—suplicó Roger fijándose entonces en que el soldado estaba ciego—. Le presento mi homenaje más sincero. Soy el comandante Winston.

—¿El comandante Winston?—preguntó el ciego con una expresión de entusiasmo que le hizo olvidar por un momento su desgracia—. ¡No sabe cuánto me alegra poderle estrechar la mano! He oído hablar mucho de usted y de su valor... Ostenta usted la cruz del mérito militar...

—Sí... pero fué por mera coincidencia—replicó Roger que sentía siempre remordimiento de aquellos honores que no merecía.

—Sé también que es usted humilde y discreto... ¡La cruz

del mérito militar!... Yo hubiera querido ganarla, pero una granada me privó de la vista a los pocos días de llegar al campamento y ya nada he podido hacer más que sufrir en un rincón de hospital... Para estos sufrimientos no hay medallas de mérito... Dígame... ¿tiene puesta su medalla?

—No... pero la tengo aquí, en mi bolsillo...

—Si me la dejara tocar... Sería para mí como si la hubiese ganado yo.

Roger le alargó al ciego su medalla y él la acarició con deleite, llevándola a los labios como una reliquia.

Fué en aquel momento en el que Tom, que había reconocido a su amigo, se adelantó a él con el vacilante paso a que le obligaba la ayuda de sus muletas que aun no había podido abandonar.

—¡Roger, Roger!—exclamó con alegría.

—¡Tom!—replicó Roger, volviéndose hacia él y quedándose intensamente pálido—. ¡Tom, si te habían matado!...

—No me mataron puesto que estoy aquí—contestó Tom, bromeando.

—Pero si yo mismo vi cómo caías muerto en aquella noche horrible...

—Entonces es que en el otro mundo no me quisieron y me devolvieron a este hecho un guiñapo... ¿Y tú?... Te veo lleno de condecoraciones... Estás hecho un héroe...

—Calla, Tom, calla... Hasta ahora me había parecido indigno ostentar este título, pero ahora que te he visto, ahora que veo que todo cuanto te pertenece te lo he robado yo, me siento un cobarde y un malvado...

—¿Qué dices, Roger?... ¿Te has vuelto loco?—preguntó Tom, creyendo que el espanto de la guerra había perturbado a su amigo.

—No, Tom, no... ven, ven a un rincón donde nadie nos oiga y te contaré todo lo que pasó.

Se apartaron a un lado de cubierta, donde nadie podía escuchar su conversación y Roger, con la voz trémula, la palabra vacilante, el rostro lívido, le contó a su amigo lo que había sucedido.

—Todos estaban empeñados en que yo era el héroe, porque me vieron llegar con el oficial alemán que tú capturaste a costa de tu vida... yo creía entonces que era a costa de tu vida... Y les dejé que creyeran en aquella equivocación que a ti no te hacía ningún daño, puesto que ya no existías, y que a mí me llenaba de gloria... Acepté sin ti-

tubear que creyeran eso... No tuve valor para desengañarles, para hacerles comprender que yo había sido un cobarde y que el verdadero héroe había quedado tendido en el campo de batalla. Los honores se fueron multiplicando y cada vez ellos mismos iban estrechando en torno a mí un cerco que yo no podía romper... Era imposible revelar la verdad cuando ya había admitido tantas felicitaciones... cuando había recibido tantas condecoraciones... Tom, todo lo que a mí se me ha concedido te corresponde a ti... Mis condecoraciones, mi gloria, mi fama de valiente, la alta estima en que me tienen los jefes... Todo, todo eso te he robado... Con mi cobardía he privado a un verdadero héroe de su gloria... Al principio creí enloquecer por la falta cometida... pero la idea de que tú estabas muerto me prestaba un poco de alivio... ¡Imagínate lo que va a ser de mí ahora que te sé vivo y que todo cuando yo tengo te corresponde por derecho propio...

Tom había escuchado a su amigo en silencio, en un elocuente silencio que Roger no supo comprender. La heroicidad de Tom no se demostró en las trincheras, en las que tan arriesgadamente expuso su vida, sino que se demostraba ahora, en este instante en que escuchaba la terrible confesión y en que callaba, callaba para no hacer más daño al que bastante castigado estaba con su remordimiento.

—En tu caso y dadas las circunstancias que rodearon el hecho—dijo, cuando Roger hubo terminado—, cualquiera hubiera hecho lo mismo que tú... Yo hubiera hecho lo propio, y como yo todos nuestros compañeros de armas.

—¡Oh, Tom, no, no, yo sé que tú no te hubieras portado tan villanamente!... Ahora mismo, si tú quisieras, podrías convertirme en motivo de mofa para todo el mundo; si tú quisieras podrías demostrar la verdad de los hechos y yo no sería más que un usurpador del que todo el mundo se reiría...

—Tú sabes que yo no haré nunca eso—replicó Tom con profunda seriedad—. Tú has nacido en una esfera muy distinta a la mía. Las condecoraciones te sientan mejor a ti que a mí. Tú eres rico y distinguido. El uniforme, la gloria, las cruces, dicen mejor sobre tu pecho que dirían sobre el de este pobre hombre que ha de trabajar para vivir... Después de todo lo que he visto, después de todo lo que he sufrido, después de la espantosa tragedia en la que hemos tomado parte, ya nada me parece importante, Roger, ya na-

da hace honda mella en mi espíritu. Lleva tus cruces con la misma fiereza con que las has llevado hasta ahora.. y sigue siendo el héroe... ¿Qué más da? La guerra ha terminado y los verdaderos héroes hemos sido todos los que la hemos sufrido y todos los que hemos vivido el horror de las batallas y la muda tragedia de las horas pasadas en las trincheras...

Roger aceptó aquella entrega natural de toda la gloria que Tom le hacía sencillamente, sin dar importancia al gesto noble que le elevaba y glorificaba mucho más que el valor demostrado en los campos de batalla.

En la ciudad, una pequeña ciudad provinciana, esperaban a los soldados con las calles engalanadas, con colgaduras en los balcones, con banderas y flores en todas partes y grandes carteles en los que se daba la bienvenida a las tropas y, particularmente, al héroe de leyenda comandante Winston. Salieron a esperar al comandante las altas personalidades de la aristocracia y del ejército y Roger Winston fué el que entró triunfalmente en la ciudad para la que no había más héroe que el que ostentaba en el pecho la cruz del mérito militar usurpada cobardemente al que debía lucirla.

Y Tom, olvidado de todo el mundo, un soldado más mutilado y enfermo, un pobre ser destrozado por el fuego de la batalla, un individuo que se perdía entre la multitud aclamadora que ensalzaba al héroe ficticio y olvidaba al héroe de corazón, llegó a su casa y se arrojó en brazos de la viejecita que le había esperado con todas sus angustias de madre y que ahora lloraba al tenerle otra vez ante ella, sin preguntarse si había sido o no un valiente.

—¡Hijo, hijo, hijo!—exclamaba la buena mujer riendo y llorando al mismo tiempo, incapaz de decir más que aquella palabra en la que estaba encerrada toda la ternura de su alma.

—¿Pero por qué lloras, madre?

—Lloro de alegría, hijo mío... ¡He temido tanto no volver a verte!... ¡He pasado tantas angustias y tantas inquietudes!...

—Ahora volvemos a estar juntos y no nos separaremos más.

—Es verdad, es verdad...

Tom se sentía atenazado por el dolor insufrible que en la espalda le producían los fragmentos de acero alojados en la columna vertebral. Marchó a su habitación, cerró con llave mientras su madre había ido a preparar la comida y se

tomó uno de aquellos comprimidos sin los cuales ya no podía vivir.

—¿Por qué te has cerrado con llave?—preguntó su madre extrañada al encontrar a su hijo en una extraña agitación.

—¡Madre, es que no sé lo que hago!... Aun está sobre mí todo el horror de lo vivido... No me hagas mucho caso... Eso pasará...

—¡Pobre hijo mío!...—exclamó la madre rompiendo a llorar de nuevo.

—No llores, mamá... no llores... Ahora estamos otra vez juntos y seremos de nuevo felices.

—¡Sí... pero debes haber sufrido tanto!... ¡Tienes un aspecto de fatiga y desfallecimiento que me parte el alma!...

—Cuidándome tú verás cómo dentro de unas semanas estaré bien por completo. Lo que me hacía falta era tu cariño y tus cuidados. Ahora tengo una cosa y otra y nada más puedo anhelar.

* * *

Tom volvió a la vida de trabajo. Roger Winston logró que su padre le diera una plaza de cajero en el Banco y Tom acudía a su trabajo sintiendo todo el peso de su vida destrozada por la metralla, caer sobre él. El dolor que le hacía sufrir espantosamente se apoderaba de él y le llevaba hasta el paroxismo de la desesperación. La morfina era su consuelo y a la vez su ruina, porque la droga iba enturbiando su cerebro y apoderándose de su voluntad. Cuando nadie le veía, con aquella mirada recelosa que tenía ya producida por lo que constituía su vicio y su perdición, escrutando por todas partes para no ser sorprendido, tomaba uno o dos comprimidos de la droga y volvía a su trabajo con el pulso tembloroso y en las pupilas un brillo siniestro.

Así su trabajo resultaba deficiente. Había continuos errores en las cuentas. El padre de Roger, que desconocía la tragedia de Tom, se impacientaba y quería echarle a la calle como un empleado inútil. Roger detenía las iras de su padre. Se había hecho una obligación de ayudar y amparar al hombre al que había privado de todo y al que sabía víctima de sus heridas, pero la situación se hacía de día en día

más insostenible y mister Winston ya no quería aguantar más. Por si fuera poco un incidente vino a destruir por completo las pocas consideraciones que el padre de Roger guardaba por aquel compañero de armas de su hijo al que no comprendía por qué quería amparar.

Tom tenía que proveerse de morfina por medio de los contrabandistas que traficaban con esta droga. Le costaba muy caro hacerse con la cantidad del medicamento que precisaba y, además, tenía que salir del Banco a horas desusadas y hablar con el traficante en cualquier esquina donde le esperaba y donde cambiaban precipitada y febrilmente las escuetas frases que cerraban el negocio. Aquel día el contrabandista exigió más dinero por la misma cantidad de droga. Tom no lo tenía. El contrabandista se negó a rebajar el precio, seguro de que el ansia de tomar morfina haría claudicar al pobre morfinómano. Tom se negó a comprar y volvió al Banco decidido a poner término a aquello que le dominaba y que era más poderoso que él. Pero el dolor estaba allí, mordiéndole la espalda, destrozándole los nervios y un sudor angustioso y frío impregnaba su cuerpo destrozado por el dolor. Sintió flaquear su voluntad. Veía ante sí las cantidades enormes de dinero que pasaban por sus manos febriles y temblorosas; pensó que tomar un billete de cien dólares era pecadillo que bien podía cometer, restituyendo más tarde aquella cantidad. Miró con su mirada de recelo a todas partes, conteniendo los gritos que pugnaban por salir de su garganta provocados por el intenso dolor y, arrugando uno de aquellos papeles, lo metió en su bolsillo, dispuesto a ir a encontrar al que vendía la morfina. Pero luego se arrepintió, dejó otra vez el billete en el montón de donde lo había sacado y, desesperado, loco, frenético, salió a la calle y se dirigió a casa del médico.

—¡Tiene que ayudarme, doctor!... ¡No resisto más!...— le dijo con angustia, después de explicarle qué era lo que a él le llevaba.

—Tom, lo siento mucho, pero no puedo darle la morfina sin dar cuenta a las autoridades.

—¡Eso jamás!... Mi madre se enteraría y para ella sería un disgusto mortal.

—Yo tengo la obligación de dar cuenta de cómo empleo la morfina. Si no notificaba esto a la autoridad competente me prohibirían el ejercicio de mi profesión. Acaso me llevarán a presidio por haber contravenido las ordenanzas.

—¿Entonces, no puede hacer nada por mí? — preguntó Tom en tono sombrío.

—Nada, Tom; sin que las autoridades se enteren no puedo hacer nada por usted...

—¡Oh, eso es horrible!... Sufro espantosamente... No me culpen si robo o si mato a alguien para acabar con este sufrimiento.

Cuando Tom volvió al Banco le llamaron al despacho de mister Winston, que acababa de enterarse por teléfono de que su empleado era un morfinómano. El médico se creyó obligado a poner sobre aviso al director del Banco ante las amenazas del morfinómano.

—Acabo de enterarme de que está dado usted a la morfina y, como comprenderá muy bien, no puedo seguir teniéndole a mi servicio. Esto desprestigiaría mi institución. ¡Un morfinómano trabajando en mi Banco!... ¡Un empleado mío víctima de ese vicio repugnante!... No me explico cómo ha podido usted adquirir este hábito... Usted ha sido educado en la virtud y su madre le ha enseñado a seguir el camino de una conciencia recta... Sé cómo se ha sacrificado su mamá para costearle su educación y hacer de usted un hombre... ¡Y usted se lo paga dándose al más repugnante de todos los vicios, al vicio que embrutece y degrada!...

—¿Pero usted no sabe cómo empecé a emplear la morfina?—interrumpió Tom que estaba fuera de sí—. ¡Pues voy a decírselo! ¡Me la dieron en el hospital cuando el dolor me volvía loco!... ¡Un millón de hormigas se comían vivo el cuerpo atormentado!... ¿Usted sabe lo que es eso?... ¡No, no lo sabe!... Mientras yo agonizaba usted estaba aquí a salvo, contando el dinero que hacía entrar en sus arcas la guerra donde tantas juventudes quedaban destrozadas... ¡Y pretende ser mi juez!..

—Cálmate, Tom—intervino Roger que se sentía violento ante aquella escena terrible—. Nosotros te ayudaremos, cálmate...

—¡Que me calme!... ¡Dile, dile a tu padre que te escondiste cuando empezó el ataque! ¡Explicale que tus condecoraciones me pertenecen a mí!... ¡Dile que tú me las robaste y te engalanaste con laureles que no te pertenecían!... ¡Que tus cruces las he ganado yo, convirtiéndome en un morfinómano!... ¡Díselo para que desaparezca su desmedido orgullo, para que sepa quién eres tú y quién soy yo!...—gritó

Tom, mirando con los ojos encendidos de ira a Roger que permanecía mudo y que estaba intensamente pálido.

Tom, sin poder contenerse más, se levantó y salió del despacho y salió del Banco, decidido a morir de hambre, si era preciso, antes que comer el pan que le daban aquellas gentes que le torturaban tan despiadadamente.

Mister Winston miró a su hijo con una larga mirada de interrogación, le puso las manos sobre los hombros y le preguntó, queriendo no escuchar una confesión dolorosa, sino la confirmación de sus más caros ideales:

—Hijo mío, todo lo que ese muchacho ha dicho de ti es mentira, ¿no es cierto?

Roger bajó los ojos, trató de sonreír, hizo un esfuerzo para confesar, pero no teniendo valor para ello dijo, sin mirar a su padre:

—Son fantasías de morfinómano... No puede hacerse caso de un cerebro perturbado...

—Me devuelves la tranquilidad con tus palabras... Y como somos buenos ciudadanos vamos a denunciar este caso de morfinomanía para que las autoridades lo internen en un sanatorio y pueda curar de ese mal... Lo siento por su pobre madre, pero es preciso hacerlo.

* * *

Tom Holmes fué internado en un sanatorio, después de haber sido revelado de una manera cruel e imprevista el secreto por él tan cuidadosamente guardado, a su pobre madre que sufrió espantosamente al conocer la verdad.

Varios meses estuvo allí Tom, cuidado por las enfermeras y los médicos, sometido al tratamiento de desmorfinización y también al tratamiento que había de poner fin a los dolores que habían sido la causa principal del vicio adquirido. Cuando Tom salió del hospital era un hombre distinto. Además de la tragedia de la guerra había pasado sobre él la espantosa tragedia de la injusticia y de la ingratitud humana.

Su hogar estaba deshecho. Su madre había sucumbido ante el nuevo dolor de perder al hijo de sus entrañas. Cuando Tom salió del hospital sólo le quedaban en el mundo la tumba de sus padres y un hogar vacío al que no podía vol-

ver. Marchó del Estado, cruzó fronteras y se fué a una gran capital de otro Estado lejano donde pudiera recomenzar su vida.

Anduvo sin dinero y sin trabajo durante algunas semanas, cambiando de alojamiento, siempre en busca de algo económico a lo que pudieran alcanzar sus recursos muy reducidos. Por fin dió con un tabernucho en donde se servían cubiertos económicos y donde una mujer limpia y aseada y un hombre ya entrado en años atendían a la clientela. Tom entró y se sentó ante el mostrador, dispuesto a saciar su apetito. El hombre viejo discutía acaloradamente con otro hombre que estaba ante él y que sostenía a gritos sus ideas disparatadas en las que predicaba la igualdad entre las gentes, la ruina de los poderosos, el reparto del capitalismo y otras magníficas teorías comunistas que hacían sonreír al buen viejo y que ponían nerviosa a la mujer.

—¡La humanidad vive más y así se prolongan sus sufrimientos!—vociferaba.

—¿Pues por qué no se corta usted el pescuezo?—le preguntó el viejo que no perdía nunca su calma.

—¡Porque no tengo ni para comprar el cuchillo!—afirmó el comunista.

—Tome usted, hombre de Dios, no se apure por esto—añadió el viejo presentándole el gran cuchillo de cocina que tenía escondido tras el mostrador.

El comunista dió una mirada de odio al cuchillo y no contestó, metiéndose por una escalerilla que llevaba a las habitaciones superiores. Entonces la mujer, que estaba muy atareada limpiando la vajilla, dijo a Tom, sonriéndole:

—¡Arreglan todos los problemas del mundo entero cuatro veces al día!... ¡No les haga caso!... ¡Ese pobre hombre está un poco chiflado! ¿Quiere más café?

—¡Ah, creí que lo que me había servido era té!—contestó Tom, bromeando.

—Mi café es lo mejor que se hace en todo el barrio—replicó la mujer un poco ofendida.

—Perdone, no quise molestarla... Se lo dije en guasa...

—¡Menos mal!... Bueno, mire, si quiere saber algo, pregúntemelo a mí, porque soy la que mejor informada estoy en toda esta calle. Me parece usted forastero. Nunca le había visto por aquí.

A Tom le inspiró confianza aquella mujer campechana y amable que le miraba con franqueza y que se le ofrecía

con tanta sinceridad, y le dijo con una leve timidez que le había quedado a causa de todos sus sufrimientos y de la ruina de su vida:

—Necesito alquilar una habitación... Si usted supiera de alguna...

—¡Ya lo creo! Nosotros alquilamos habitaciones. Arriba tenemos mucho sitio.

—¿Habrán chinches?

—Si las hay es porque usted las trae—le contestó, mientras se secaba las manos y le precedía por la escalerilla en la que el loco había desaparecido pocos momentos antes—. Por aquí. Le voy a mostrar una habitación en la que el inquilino anterior estuvo cinco años. Y no se marchó porque estuviera descontento de ella... sino que un día vino la policía a buscarle y se lo llevaron a la fuerza... No nos gusta tener tratos con la policía. Ahora tenemos sólo dos inquilinos, pero son personas respetables. Estamos como en familia. ¿Tiene usted referencias? ¿Y dinero?

—No tengo referencias y tengo muy poco dinero—contestó Tom con naturalidad.

—Es algo aventurado confiarle a un hombre así la habitación, pero, en fin... parece usted decente... ¡El otro también lo parecía! Veremos si con usted tiene mejor suerte esta casa...

Tom se asomó a la ventana que daba a un pequeño patio interior y desde la que casi podía alcanzarse la pared fronteriza.

—De día esto debe ser terriblemente oscuro.

—¡Pero de día estará usted trabajando!

—Es que me gustan mucho la luz y el sol.

—El parque no queda muy lejos...—añadió la mujer, queriendo convencer al indeciso.

—Veré si encuentro otra cosa que me convenga más... Me parece que esto es demasiado triste...

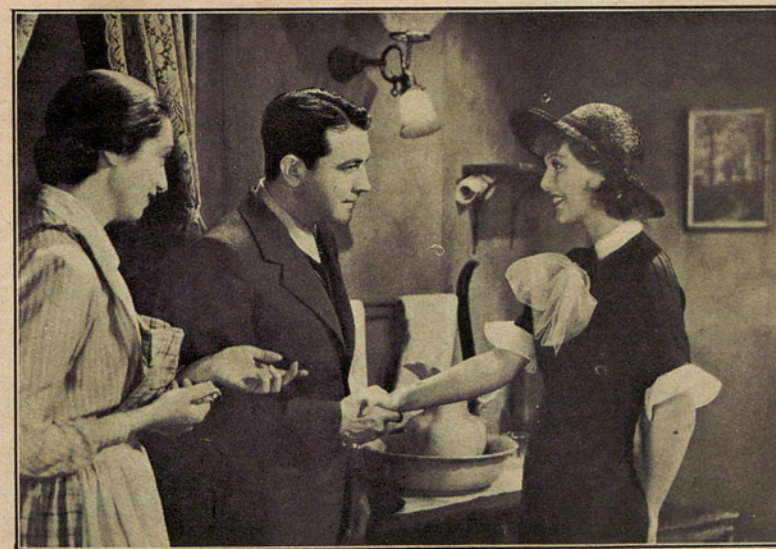
En aquel momento una muchacha de unos diez y ocho años, alta, rubia, delgada, muy graciosa, con una boca fresca en la que sonreía todo el tesoro de su juventud y de su belleza, entró en la habitación y se quedó suspensa al ver que la patrona estaba acompañada de un extraño.

—¡Oh, perdona, creí que estabas sola!...

Tom sonrió ante aquel rayo de sol que entraba en su cuarto. Sonrió con una sonrisa feliz. Miró a la muchacha complacido y se quedó prendado de la luz maravillosa que brillaba en las pupilas azules de la muchacha.



...cerró con llave y se tomó uno de aquellos comprimidos...



...Tom y Ruth se miraron sonriendo y se estrecharon la mano...



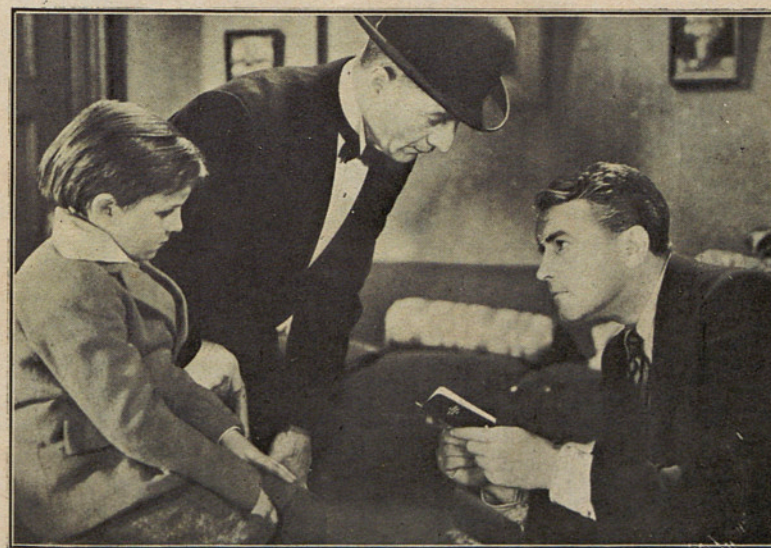
—Cualquier día nos va a poner ese hombre una bomba en la cafetera...



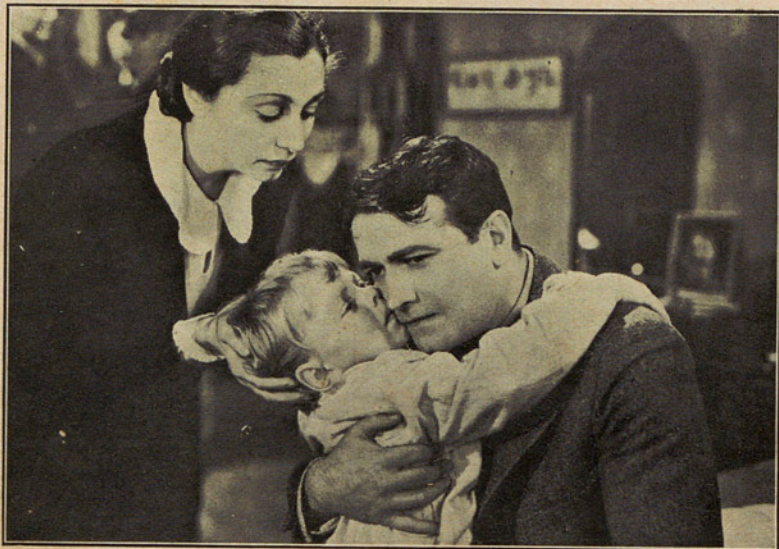
El amor de Ruth era una cosa tan suave...



—¡Cuánto has crecido!



—Este dinero se devolverá hasta el último céntimo...



—Papá, ¿por qué te marchas tan pronto?



"No se necesitan obreros"

—¿Es usted un nuevo inquilino?—preguntó la muchacha.

—Creo que no le ha gustado el cuarto—explicó la patrona.

—¿Quién ha dicho esto?—exclamó Tom que había cambiado rápidamente de opinión—. Me quedo con él. ¿Cuánto paga de alquiler?

—Tres dólares semanales adelantados—contestó la patrona, sonriendo con una sonrisa de inteligencia—. ¿Cuándo se muda?

—Ya estoy mudado. Todo lo que tengo traigo—dijo Tom alegre por primera vez después de toda la tragedia pasada, mientras mostraba sus manos vacías.

—Entonces, como van a ser vecinos, les presentaré: la señorita Ruth; el señor...

—Tomás; Tomás Holmes; me llaman Tom mis amigos.

—Entonces, el señor Tom—dijo la patrona, que era una mujer de una encantadora sencillez.

Tom y Ruth se miraron sonriendo y se estrecharon la mano.

—Quédese conmigo a hacerme un rato de compañía—suplicó Tom, reteniendo a la muchacha—. Me siento muy desorientado...

—Pero yo he trabajado todo el día y estoy muy cansada. Necesito descansar.

—¿En dónde trabaja?

—En un tren de lavado.

—Debe ser un trabajo muy... limpio—replicó Tom, volviendo a reírse sin saber por qué, sintiéndose muy feliz bajo la mirada de aquellos ojos azules que le infundían ánimo y vida—. Yo ando buscando empleo.

—Pues pruebe donde trabajo yo. Allí hace falta mucha gente, porque es una casa de mucha importancia.

—Mañana iré a hablar con la dirección... Pero en esta casa los vecinos hacen mucho ruido—dijo Tom, escuchando unos fuertes golpes que resonaban en el silencio de la casa.

—No haga caso... Es el señor Brinker, el alemán que vive ahí y que dice que es un inventor. ¡Yo sólo sé que es comunista!...

—¡Ah, es el que discutía abajo, con el dueño de la casa!... Me ha parecido un poco perturbado... ¿Quiere que salgamos a tomar un refresco para celebrar nuestra amistad naciente?

—Otro día.

—No, otro día no... Hoy...

—Iré a condición de pagar yo el mío.

—Bueno, sea; esto será la firma de nuestra camaradería. Estaba desalentado, triste, lleno de preocupaciones y usted ha borrado todas esas cosas para dar paso a una alegría que desde hace mucho tiempo no había sentido.

—¡No me trago ese anzuelo!—rió la muchacha, bajando la escalera ligera y gentil, seguido por Tom que, en verdad, parecía haber renacido a una vida nueva.

* * *

Tom fué admitido en la casa de lavado en donde trabajaba Ruth. Le pusieron al servicio de reparto, porque sabía conducir el automóvil y porque tenía buena presencia y modales discretos para tratar con la clientela. La vida comenzaba a ponerse fácil para el mozo. Vestido con su uniforme blanco, de blancura impecable, que era el sello de limpieza de la casa, recorría las calles de la ciudad repartiendo los cestos llenos de la ropa que había sido lavada y planchada cuidadosamente por las muchachas que, como Ruth, trabajaban haciendo funcionar las diversas máquinas y aparatos de lavado y planchado.

Tom estaba contento y Ruth también, porque era ella la que le había introducido en el tren de lavado de South Park, uno de los más importantes de la capital, en donde podía permanecer indefinidamente si se sabía amoldar al jornal no muy espléndido que les daban.

Un día, al regresar del reparto, Tom se encontró con la sorpresa de que la dirección quería hablar con él.

—¿Que me querrán? Eso me da mala espina—dijo al que le dió la noticia de que el amo le esperaba en su oficina.

Fué con un poco de temor a la oficina del director y esperó a que éste hablara.

—Los negocios—comenzó diciendo después de haber hecho tomar asiento a Tom—decaen notablemente día a día. Quizá sea una cosa pasajera, pero es preciso poner término a ella o, mejor dicho, procurar contrarrestar los efectos de esa crisis que se hace sentir. Todos los repartidores han perdido clientes... Todos menos usted. Su clientela ha aumentado en un veinte por ciento y es por esto por lo que le llamo.

¿Cómo lo hace usted para no perder a sus clientes y para aumentarlos en esta proporción? ¿Con amenazas?—preguntó el amo del lavadero mirando a Tom con extrañeza.

—No, señor; las amenazas sólo servirían para que todos se alejaran de mí. Lo consigo bien sencillamente, con un vale para mercancías. Cuando un cliente consigue otro le regalo un bono que puede canjear en determinados comercios por artículos de primera necesidad. Visito a la señora Smith de parte de la señora Jones y si consigo que la señora Smith sea cliente mía la señora Jones recibe un bono. Y como la señora Smith también tiene amistades y sabe por la señora Jones que yo regalo esos bonos... pues consigo una cadena inacabable de clientes.

—¡Magnífico!... Su plan no es una cosa moderna... pero está muy bien aplicado. Lo que no comprendo es quién paga las mercancías de los bonos...

—Yo mismo. El aumento que obtengo en comisiones me permite poder hacer este pequeño gasto que redundan en beneficio mío. Ya ve que la cosa no puede ser más sencilla.

—¡Ya lo creo! Y le felicito, Holmes, le felicito. ¿Quién le sugirió esta idea?

—Nadie; el ansia de mejorar de situación. Mi jornal no es muy grande y las comisiones eran escasas al principio. Ahora estoy más contento...

—¿Cómo no se me ocurría a mí esta idea!—exclamó mister Gray dándose un golpe en la cabeza—. Bueno, ahora que ya está lanzada la idea vamos a explotarla. Estableceremos primas; regalaremos vajillas o metálico a cambio de clientes y sí podremos conjurar el peligro de crisis que nos amenaza.

—Sí, señor, está muy bien; creo que si trabajo bien mi clientela...

—¿Su clientela? ¿Repartir usted ropa cuando tiene ideas como ésta? ¿Desperdiciar su habilidad conduciendo un camión? ¡De ningún modo!... Usted trabajará desde hoy en mis oficinas y será mi ayudante. ¡Desde ahora no le faltará a usted trabajo aquí!... Estoy muy contento, muy contento, Holmes, y creo que podemos agrandar nuestro negocio de manera floreciente.

* * *

La vida de Tom cambió por completo. En la casa de huéspedes donde estaba le trataban con familiaridad y cariño. Mary, la patrona, veía en él al hombre bueno que se afana por mejorar su situación y que trabaja honradamente, prosperando siempre y siempre avanzando en la difícil senda de la vida. Ruth veía en Tom al hombre adorado. Y las dos mujeres se desvivían por complacerle y hacerle la existencia más agradable. Hasta el viejo se mostraba cariñoso con él. Sólo el inventor tenía a veces crueles palabras para todos ellos, porque en la exasperación de sus ideas locas no veía más que sus propios ensueños de destrucción igualitaria.

—¿Tanta alegría porque ha mejorado de situación? ¡Pero no le han mejorado el sueldo!—exclamaba el ver en todos los rostros la dicha de un cosa que él creía pura ficción.

—Míster Gray se interesa vivamente por mí y, cuando las cosas mejoren, estoy seguro de que se acordará de mis buenos servicios.

El alemán soltó una risa estridente y despectiva.

—¿Y crees de buena fe que el capitalista se interesa por el bienestar del trabajador? ¿Qué le importa al burgués el bienestar del que trabaja si su caja está bien repleta de dólares? El, lo que hace, es explotar al trabajador y, como usted es un trabajador honrado, un trabajador fiel, que pone todo su empeño en cumplir con su obligación y que hace cuanto puede por el perfeccionamiento de su obra, el burgués le explota a usted más que a los otros...

—¡Oh, no le hagan caso!... Todos los obreros aprecian al amo...

—Y el amo os aprecia porque sois unos borregos... Trueca vuestro sudor en dinero del que sólo él disfruta. Todas las ganancias son para él, mientras vuestros jornales son miserables, vergonzosos... ¡Os explota miserablemente y vosotros os dejáis explotar!

—Los obreros están contentos allí—intervino Ruth.

—¡Contentos!... Mucho trabajo, poco jornal... Sudor, tisis... ¡esclavitud!... Esto es lo que encuentran allá los obreros!... ¡Yo sé bien lo que es un tren de lavado!... Vapores húmedos impregnados de materias nocivas... ¡Y vosotros le estimáis, al patrón que os mata lentamente por unos dólares

mezquinos!... ¡Carneros!... ¡Cuando Tom tenga mi experiencia y mis años llevará bombas en los bolsillos!...—gritó el inventor, desapareciendo, porque la rabia le subía a la garganta y temía cometer alguna acción perversa.

—Cada día está más rabioso—comentó Mary moviendo la cabeza apesadumbrada—. Cualquiera día nos va a poner una bomba en la cafetera...

Pero Tom estaba contento y no hacía caso de los discursos del comunista al que todos creían loco. Tom estaba contento y sólo pensaba en su propia dicha, en la tranquilidad de su vida y en las doradas perspectivas que acariciaba en su interior.

—¿Vamos a celebrar los tres, Ruth, Mary y yo, este acontecimiento?—dijo mirando a las dos mujeres con entusiasmo.

—Yo no tengo qué ponerme para salir a la calle—dijo Mary meditando—. Tendría que arreglar mi vestido azul... Voy a ver si puedo arreglarle en un momento.

Ruth y Tom se quedaron solos. La dicha resplandecía en sus ojos. Se amaban y eran jóvenes y la vida les ofrecía el doble encanto de su amor y su juventud.

—Desde que estoy aquí todo me parece distinto... Hasta la ciudad ha cobrado para mí un nuevo aspecto... En estos últimos meses he tenido buena suerte y me siento dichoso...

—Al principio te encontrabas muy solo, ¿verdad?—le preguntó Ruth, acercándose a él mimosa y confiada—, pero ahora ya no sientes la soledad, porque aquí estamos a quererte todos...

—Sí, todos...

—Pero yo más que todos—murmuró Ruth confiándose a los brazos del amado.

Mary apareció en aquel momento, vió la escena, sonrió de manera comprensiva y dijo, para dejar a los novios en libertad:

—Mi traje no tiene arreglo. Salid vosotros dos... Yo os veré cuando volváis...

El amor que desde el instante en que se conocieron había despertado en sus corazones, tomando en ellos incremento e impulso al transcurrir el tiempo, hizo que, pasados un par de años, ya cuando Tom ganaba lo suficiente para poder pensar en ello, contrajeran matrimonio y unieran en una sola sus vidas ansiosas de cariño y felicidad, Ruth y Tom.

Tom estaba contento. El amor de Ruth era una cosa tan

suave, tan dulce, tan honda que colmaba todos sus deseos. Y Ruth encontró en Tom al hombre fuerte y cariñoso que es el sostén material y moral de la fragilidad femenina.

Se fueron a vivir a una vivienda más alegre y sana y Mary fué su gran amiga y compañera, porque Mary estaba encariñada con aquella pareja y le parecía que sin ellos no podría vivir.

También el alemán seguía siendo amigo del nuevo matrimonio. Era aquel alemán un hombre extravagante, pero de clara inteligencia y empeñado en llegar a realizar el invento en el que trabajaba desde hacía muchos años.

Un día se presentó en casa de los Holmes y se empeñó en hablar con Tom, al que no gustaban mucho las ideas disparatadas del comunista, pero que le recibió porque, en el colmo de su dicha, gustaba ser generoso con todo el mundo.

—Necesito mil quinientos dólares—le dijo—. ¡Tengo un gran invento que nos puede hacer ricos a los dos, si tú quieres ayudarme!

—¿Ricos?... Yo lo que deseo es que no me falte nunca el trabajo—contestó Tom, para el que la tranquilidad de su vida era ya un tesoro inapreciable.

—Mi invento revolucionará los trenes de lavado. No olvides que yo trabajé mucho en un tren de lavado de Cleveland y sé muy bien lo que puede introducirse para mejorar el trabajo. ¡Pero necesito el dinero para sacar la patente de mi invento!

—No tengo dinero para arriesgar—replicó Tom meditabundo.

—Tú trabajas y ahorras dinero... Si quieres, puedes ayudarme... Patentada la máquina que he inventado la mostrarás a tu jefe. El hace mucho caso de ti y se tomará la molestia de estudiarla si tú se la presentas. A mí me creen un loco porque soy comunista. Pero no soy un loco, no... He inventado una máquina magnífica que lava y escurre con una perfección absoluta, sin despedir los nocivos vapores que acaban con tantas existencias humanas. La producción aumentaría de una manera prodigiosa y podríamos quedarnos con todo el mercado. Te repito que nos haríamos millonarios...

—¿Pero no odias a los ricos?—preguntó en tono de chanza Tom.

—¡Les escupiría a la cara!... Pero yo quiero hacerme rico.

—¿Estás seguro de que tu máquina dará mayor rendimiento?

—Segurísimo. La he visto funcionar y es una maravilla., ¿Me prestarás el dinero?

Tom se quedó un rato pensativo y luego dijo en tono reconcentrado:

—Bien quisiera ayudar te, pero no puedo. Aun no he acabado de pagar los muebles... Y ahora necesitare el dinero para el hijo que nos va a llegar.

—¡Un hijo!—exclamó con desprecio el loco inventor—. ¡Un hijo! ¿Y para qué sirve un hijo? ¡Cualquiera puede tener un hijo!

—¿Sí? ¿Pues por qué no prueba usted tener uno?—le preguntó Mary que siempre se burlaba de las ocurrencias de aquel exaltado.

—¡Un hijo!... Más pobres en el mundo a pasar hambre y miseria... Se multiplican como conejos, como si pudieran subvenir a todas las necesidades de la especie., El mundo no será dichoso hasta que disminuya la natalidad. El mundo no encontrará su paz hasta que haya logrado sustituir a los hombres con las máquinas. ¿Para qué tanta gente? ¿Para qué tantos individuos que no se pueden ganar el pan? ¡Máquinas! Este es el porvenir de la humanidad. No quedará gente en el mundo... sólo máquinas que suplirán a las personas, máquinas que no necesitan los cuidados de la infancia y que no son rémoras en la vejez... Yo me siento más dichoso que vosotros, porque yo he dado a luz algo más importante que un hijo.

Tom Holmes estudió las condiciones de la maquinaria que Brinker había inventado y comprendió pronto que el inventor tenía mucho más talento del que se podía apreciar a través de sus extravagancias y de sus disparatadas ideas. Le ayudó cuanto pudo. Habló con el director del tren de lavado de South Park y consiguió que las máquinas fueran instaladas allí. Pero puso condiciones.

Tom Holmes sabía lo que era el hambre, la miseria, la ingratitud de las gentes, la maldad humana y no quiso introducir su mejora sin tener una garantía absoluta para los obreros. Su condición fué que las máquinas no representarían ninguna disminución de jornales ni el despido de los trabajadores; las máquinas servirían para aumentar la

producción y para aumentar el capital, pero había de ser con la absoluta garantía para el obrero.

El director del tren de lavado de South Park firmó cuanto Tom le propuso, porque supo comprender la generosidad de Tom y las ganancias que podían redundar en favor de su empresa siguiendo las ideas de aquel hombre al que ya debía un buen incremento en su negocio.

Y se instaló la maquinaria y se hizo una magnífica propaganda de la nueva instalación que venía a causar una revolución en el engranaje del trabajo humano.

* * *

Ruth había dado a luz un niño precioso, un chiquillo sano y fuerte que fué a dar más luz a aquel hogar de honrados trabajadores en el que la buena Mary había encontrado la paz y la dicha que no había podido hallar nunca en el hogar propio. Mary se constituyó en el aya del chiquillo y el niño se acostumbró a quererla como a su segunda madre. Sus preferencias iban a una a otra con esa espontaneidad simpática de la infancia que se da sin reservas a todos los que le prestan cariño y calor.

—¡Un hijo!—había exclamado el inventor cuando supo que el esperado había llegado ya al hogar de sus amigos—. ¡Un hijo!... ¡Hasta los chivos tienen hijos!... Tener un hijo no ofrece mérito alguno en la marcha de la humanidad. Sólo el producir máquinas es un signo de avance en el movimiento ascensional del universo.

Y la vida fué pasando y el nene, el hijo de Ruth y Tom, crecía rodeado de la ternura de los suyos, ajeno a la preocupación que de pronto podía caer sobre su cabecita inocente por el paso arrollador de la humanidad.

De pronto llegó la desgracia. De pronto, sobre el cielo sin nubes del hogar obrero, comenzaron a acumularse los nubarrones. El director del tren de lavado South Park falleció repentinamente víctima de un ataque cardíaco y la empresa pasó a otras manos. Fueron otros cerebros los que gobernaron todo aquel tinglado. Fueron otras gentes ansiosas de ganar y olvidadas de los deberes que el dinero impone al que lo maneja, se pusieron al frente del negocio y comenzaron a pesar ventajas y desventajas del modo en que aquél funcionaba. Fueron otros cerebros los que pensaron y otros

corazones los que rigieron el destino de aquellos obreros que vivían en paz a la sombra del establecimiento llevado con pulso firme y corazón tierno por el que había fallecido dejando una honda huella de tristeza en el ánimo de los obreros que le habían conocido y estimado.

Uno de los nuevos ingenieros encontró la solución para ahorrar dinero y tiempo.

—Un sencillo cambio de engranajes podría dar fructíferos resultados. Todo se haría por medio de la electricidad. Una batería foto-eléctrica regularía la maquinaria que funcionaría sola, sin necesidad de la mano de obra que es la que hace subir de modo escandaloso el presupuesto de gastos.

—¿Quiere decir que el trabajo se haría automático?

—Se haría automático y sobrarían las tres cuartas partes de empleados. Esto representaría una casi eliminación de gastos. El flúido eléctrico está a un precio muy asequible mientras que la mano de obra aumenta de día en día.

—¿Y la instalación de ese nuevo engranaje sería muy cara?

—Lo que se gaste en ella quedará amortizado con el ahorro de jornales. Antes de un año habrá sido amortizado el capital que en ello se emplee. El negocio no puede ser más claro.

El negocio era claro y se llevó a la práctica. El negocio era claro, pero no se pensó en los obreros, no se pensó en los centenares de hogares que se quedarían sin pan, ante el problema pavoroso de los sin trabajo, ante la trágica perspectiva de un porvenir cerrado a todo horizonte. El negocio era claro para los dirigentes, pero era la ruina total para los obreros.

Fueron despedidos, pagándoles *generosamente* las soldadas que impone la ley. Fueron despedidos sin piedad, sin compasión, sin pensar en lo que aquello representaba para los que se quedaban sin más ayuda que la que pudiera prestarles el destino, cada vez más voluble y esquivo para los pobres, para los que trabajan, para los que han de vivir con el sudor de su frente.

En vano quiso Tom Holmes evitar aquel mal. Se enfrentó con los nuevos dirigentes, les quiso hacer cumplir las bases firmadas del contrato bajo el cual fueron cedidas las máquinas al tren de lavado de South Park, en vano instó para que todos aquellos obreros que habían sido despedidos volvieran a entrar en el negocio. Todo fué inútil. Lo único que con-

siguió fué que se le despidiera a él también, por insurreccionarse contra la voluntad suprema de los dirigentes.

Tom volvió a su hogar, sombrío y desesperado. Fueron días crueles los que siguieron. El hambre encendía la ira en todos los pechos. Eran centenares de familias puestas al borde de la desesperación. Eran centenares de hogares colocados frente a frente de la miseria y del hambre, las dos peores consejeras de una multitud.

Los obreros pedían pan. Se reunieron en avalancha arrolladora, yendo de puerta en puerta a buscar nuevos adictos a su plan de protesta. Tom fué recibido con frialdad y con desdén, porque se decía que era él el que había causado su ruina introduciendo aquellas máquinas crueles en el tren de lavado en donde hasta entonces todo fuera paz.

—Tú eres el cómplice de nuestros verdugos. Tú eres el que llevó las máquinas. Tú eres el que a costa de nuestra miseria te vas a enriquecer.

Tom sintió una ira sorda contra sí mismo... Acaso él fuera un poco culpable... Pero no, él no había hecho más que facilitar el trabajo al obrero. No podían acusarle de una falta que no cometió. Se enfrentó con sus compañeros como se había enfrentado con sus amos y les dijo levantando la voz para que todos pudieran oírle:

—¡No soy vuestro enemigo!... ¡He reñido con los amos porque se niegan a cumplir las bases del convenio! ¡Me han despedido a mí también! ¡Soy un sin trabajo como vosotros! ¡Todos somos hermanos!

—¡Nos han despedido!—rugieron de todas partes aquellos obreros que estaban desesperados ante el pavoroso problema de la vida.

—¡Nos han despedido!—gritó Tom otra vez—. Pero el convenio nos protege, podemos acudir a los tribunales. Pleitearemos porque la razón está con nosotros y hemos de ganar.

—¡Pleitear! ¡Jamás!... ¡Los abogados se enriquecerían a costa de nuestros hijos! Y nosotros perderíamos el pleito y acaso se nos llevara a la cárcel por querer hacer cumplir la ley... ¡No, no! La Ley nos la hemos de hacer nosotros, nosotros debemos hacernos la justicia... ¿Qué es lo que nos quita el pan? ¿Por qué nos han despedido? ¿Qué es lo que nos han robado el trabajo? ¡Las máquinas!...

—¡Las máquinas! ¡Las máquinas! ¡Hay que destruirlas! Aniquilaremos las máquinas y otra vez necesitarán hom-

bres. Así tendremos de nuevo trabajo y pan para nuestros hijos y tranquilidad para nuestros hogares.

—¿Toleraremos que nos condenen a morirnos de hambre? ¡Destruyamos las máquinas que amenazan matarnos! ¡Vamos!

Aquellos hombres, en cuyos rostros se reflejaba una firme decisión, aquellos hombres que iban a luchar por la defensa de sus derechos y de sus prerrogativas, se lanzaron furiosos a un ataque. Se habían armado de lo primero que encontraron al paso: picos, palos, rifles... cualquier arma les parecía la más apropiada; puñales, simples cuchillos de cocina, afiladas navajas... Todo era bastante para destruir y aniquilar a aquello que les robaba el pan.

El motín fué espantoso. La policía avisada por teléfono por los dirigentes de la compañía de lavado, acudió al lugar de la revuelta. Se produjo un formidable escándalo. Los insurrectos luchaban a brazo partido con los policías. Cayeron muertos en el campo muchos de uno y otro bando. La sangre había subido a las cabezas y había un paroxismo de locura en aquellos cerebros exaltados por el hambre y por la miseria, Ruth corrió a salvar a su marido. No quería que le arrebataran a lo que más amaba en el mundo. No quería que fuera él solo a luchar en aquella lucha en la que se defendía el pan de su pequeño hijo. Corrió al lugar de la refriega. Llegó allí cuando más enfrascados estaban peleando los policías para mantener el orden, peleando los obreros para hacer triunfar sus derechos. Ruth se precipitó en medio del grupo. Los guardias se volvieron contra ella creyendo que era una de las insurrectas. En vano trató de defenderla Tom, amparándola en sus brazos. Los golpes, los apretujones, los insultos, las descargas cerradas de la policía, todo contribuía a engrosar el tumulto y aquella pobre mujer desvalida, aquella pobre mujer que sólo iba empujada por el afán de ayudar y defender al padre de su hijo, se vió arrollada por la multitud... cayó al suelo sin sentido... y fué pisoteada bárbaramente por aquella masa enloquecida de gentes que ululaban como fieras hambrientas y que no veían más que un fin al que no podían llegar...

Ruth fué una de las víctimas inmoladas en aquel tumulto de defensa de los intereses obreros que sólo sirvió para empeorar la situación y para que muchas vidas quedaran destruidas...

Tom pidió amparo a Mary, a la buena y angelical Mary

que era la única que ahora podría cuidar del niño, muerta su madre.

—Mary, cuida mucho a Bill hasta que yo vuelva—le suplicó, con lágrimas en los ojos, sintiendo que la separación sería larga y que su destino estaba de nuevo desviado por la mano dura de la vida.

—¿Dónde está mamá? ¿Por qué no viene mamá?—preguntó el niño extrañado, mirando a su padre y a Mary que estaban aterrados por el dolor.

—Mamá... volverá pronto, Bill... Se ha ido, ¿sabes?

—¿Y por qué no me ha llevado con ella?

—Tú no podías ir con ella, Bill. Tú te quedarás con tía Mary.

—¿Y tía Mary me dará el desayuno y jugará conmigo?

—Sí, sí, mi vida—murmuró Tom besando enloquecido a su hijo, mientras Mary se secaba las lágrimas y cogía al niño en sus brazos como si quisiera protegerle de todo mal.

Tom y sus compañeros fueron juzgados severamente por el Tribunal ante el que comparecieron. Tom fué condenado a cinco años de trabajos forzados y Tom escuchó la sentencia sometiéndose a ella como un castigo a su culpa, a la culpa de haber introducido aquellas máquinas infernales en el mercado y haber arrebatado el pan a sus compañeros, a los humildes trabajadores que se veían ahora en el duro trance de tener que responder de una falta de la que él sólo se sentía culpable.

Brinker fué a visitarle a la prisión. Le llevaba noticias buenas, según él.

—Eres rico y puedes pagarte tu libertad. Ya te dije que nuestras máquinas nos harían millonarios. Cada día instalamos nuevas máquinas. Todos los Estados solicitan nuestro invento. En pocos años seremos los más ricos de la nación.

—¡No tocaré ni un centavo de todo ese dinero!—exclamó Tom con decisión firme.

—Ese dinero es tuyo. Págate un buen abogado y compra tu libertad. La justicia se vende fácilmente al mejor postor. Tú puedes pagarte ese lujo...

—¡Repito que no tocaré ese dinero! ¡Me quemaría las manos! Ese dinero mató a Ruth y llevó la desesperación a todos mis compañeros de trabajo... ¡Es un dinero maldito!... No me aprovecharé jamás de la miseria de los otros para comprar yo mi felicidad.

—¿Y prefieres pudrirte aquí, en este penal, haciendo tra-

bajos forzados que aniquilarán tu vida y destruirán tus energías de hombre?

—¡No quiero un dinero que está manchado con sangre!—exclamó Tom en tono siniestro.

—¡Dinero manchado con sangre!—replicó el inventor en tono desdeñoso—. ¿Qué te importa a ti, si tienes dinero? El dinero es lo único que cuenta en la vida. Sin dinero eres una escoria, una piltrafa, la hez de la humanidad... ¡Con dinero eres un rey!...

—¡Y tú eras el que odiaba al capitalista! ¡Y tú eras el que predicaba el comunismo, el reparto del capital, la ruina del rico!...

—¡Claro! No podía predicar otra cosa, porque entonces no tenía dinero. Yo quería ser rico, pero odiaba a los ricos porque entonces era pobre.

—Está bien; pero yo no puedo seguir tus ideas... Quédate con mi dinero, si quieres, bótalo, gástatelo en lo que quieras, regálalo si te parece bien! ¡Yo no quiero el dinero con el que maté a mi mujer y con el que hice desdichados a todos mis hermanos de proletariado! ¡No quiero ese dinero, te lo he dicho ya y sostengo mi afirmación!

El inventor se quedó mirando a Tom, como si no comprendiera sus palabras, y por fin, le dijo:

—Bueno, lo pondré en un banco y allí irá produciendo intereses. Cuanto salgas serás más rico que ahora y podrás rehacer tu vida...

* * *

Pasó el tiempo, pasó el tiempo para los dichosos y para los que sufrían, pasó el tiempo llevándose con su paso los días, los meses y los años de pena impuestos a Tom Holmes por el delito de haber querido defender sus propios derechos y los derechos de sus hermanos.

Mary, la buena, la santa, la abnegada Mary, había conservado junto a ella al hijo de Tom y le había educado en el cariño profundo y el respeto y la admiración a su padre, al que Mary sabía un héroe.

Cuando Tom volvió a su casa su hijo se echó en sus brazos en un gesto de noble confianza.

—¡Cuánto has crecido!—exclamó Tom emocionado, abrazando a su hijo con un abrazo doloroso, recordando la dicha

que aquel hijo había traído a su hogar, destruído más tarde por la gran tragedia de su vida.

—Sí, está hecho un hombrecito... Yo creí que no le conocerías—murmuró Mary ocultando su honda emoción para no turbar la dicha de aquel momento que, aunque impregnado de tristezas, era también consolador para el hombre que había sufrido tanto, tanto...

—¡Oh, papá, es que ya soy un hombre! — exclamó el niño irguiendo su figurita deliciosa—. Puedo más que Johnny Arnolds, que pesa más que yo... Además sé nadar muy bien y tengo mucha resistencia...

—¿No te habías olvidado de mí? — preguntó Tom abrazando de nuevo a su hijo al que no se cansaba de mirar.

—¡No, papá, no me he olvidado!... Tía Mary me hablaba siempre de ti y me contaba que eras un valiente y un gran hombre. Luego, en el mapa que hay en la geografía de la escuela, me enseñaba dónde estaba Alaska y me decía que allí estabas tú.

—¡Allí he estado yo, hijo mío!—suspiró con una honda tristeza Tom, recordando los años de trabajos forzados que había tenido que cumplir en la lejana región.

—¿Por qué has estado tanto tiempo allí?—preguntó el niño con su crueldad infantil en la que hablaba su inocencia.

—Debía estar allí... Aquello está muy lejos, *muy* lejos, para poder ir y volver con facilidad... Bill, los que van a Alaska a veces ya no vuelven nunca más—añadió con una voz sorda y emocionada.

—¿No pueden volver más? ¿Por qué?—volvió a preguntar el niño, bien ajeno a la espantosa tragedia que encerraban aquellas palabras.

—Porque... con la nieve, a veces no se puede salir en muchos, en muchos años...

—¿Hay mucha nieve? Entonces habrá osos blancos, como en el jardín zoológico... Yo quiero ir a ver a los osos blancos, papá...

—Sí, iremos a verlos al parque zoológico, hijo mío.

—¿Tú sabes montar en bicicleta, papá?

—Sí.

—Pues yo tengo una y montaremos los dos. Verás cómo nos vamos a divertir... ¿Me llevarás alguna vez de caza?

—Hijo mío, no quisiera tener que volver a aquella región desolada—suspiró Tom pasándose una mano por los ojos

como si quisiera ahuyentar la visión espantosa de todo lo que en Alaska había sufrido.

Ahora volvía a encontrarse entre los suyos y notaba más la falta de Ruth, de la mujercita dulce y buena que había caído por defenderle y por secundarle... Encontraba el vacío que ella había dejado y que nada, ni su mismo hijo, podía llenar.

Encontró también a Max Brinker, el alemán al que un día creyó chiflado y que había sido el inventor genial de las máquinas que destruyeron la felicidad de su vida y la de tantas vidas de obreros arruinadas por el avance de la ingeniería moderna.

—¡Has vuelto!—exclamó Max tendiéndole la mano—. No sabes cuánto me alegro de que hayas por fin cumplido. ¡Me alegra mucho volver a verte! Y la mejor bienvenida que puedo darte es poner en tus manos la fortuna que te corresponde. Te prometí guardar tu dinero en un Banco y allí se ha ido multiplicando... Ahora, con la crisis económica que asola el país, acaso no te paguen todo lo que podía esperarse. Pero tienes mucho, mucho dinero, y todos los meses tendrás una cantidad magnífica para vivir con regalo, como corresponde a un capitalista.

—¿Dinero?—preguntó Tom en un tono de profundo desdén—. Ese dinero no me corresponde. Ya te dije que ese dinero no era mío... Ese dinero se devolverá hasta el último céntimo a aquellos a los que fué traidoramente usurpado...

Tom tenía en su cabeza mil encontradas ideas. Quería dar lo que no era suyo a los pobres, a los sin trabajo, a los que sufrían y conocían el espantoso horror de la miseria. Mary fué la que le dió el camino. Mary, que con su corazón magnánimo y generoso, había dado todos los días lo poco que sobraba en su casa a aquellos que allí acudían y que estaban más necesitados que ella misma.

—¿Quién son esas gentes? — había preguntado Tom el primer día que presenció el reparto.

—Son pobres gentes a las que tía Mary da las sobras de nuestra comida todas las noches.

—¿Y a esos ociosos, a esos vagos les da tu tía comida? —preguntó el alemán en tono de reproche.

—Mary—dijo Tom mirando a la buena y abnegada mujer con todo su agradecimiento—. ¿Tú haces esto? ¿Y no tienes ya más comida para repartir? ¡Qué lástima, Mary, qué lástima!... Desde mañana que vengan todos, que vengan los necesitados, los hambrientos, los sin trabajo... Mientras en esta

casa haya un dólar que poder gastar, se les dará a todos lo que necesiten... ¿Oyes, Mary?

—¿Y vas a dar comida a todo ese atajo de vagos?—preguntó Max sin comprender aquel rasgo sublime de Tom—. ¡No te entiendo!

—¿Ha pasado usted alguna vez hambre? No, ¿verdad? Si hubiera pasado hambre sabría por qué hago esto... Mary, tengo cincuenta mil dólares de capital; todo te lo cedo a ti para que lo repartas entre ellos, entre los miserables, entre los que no tienen un pedazo de pan con el que acallar el hambre de su estómago, y lo que es más espantoso aun, con el que acallar el hambre de sus hijos... No importa que Max me crea loco... Quiero que lo gastes todo, todo, todo... ¿entiendes?

Mary hizo un gesto afirmativo con la cabeza, sintiendo su corazón inundado por una gran ternura hacia aquel hombre admirable que era un héroe, un verdadero héroe, un héroe desconocido del que nadie hablaría, pero al que ella había ya levantado un altar en su corazón.

—No les preguntes nunca nada... Para ayudarles te bastará saber que tienen hambre... Dales de comer siete días a la semana... Dales de comer mientras en el cajón quede un dólar con el que comprar pan.

—¡Qué locura, qué locura!—exclamó Max indignado—. Con mi cerebro y con mi inteligencia te hago rico en unos pocos años... Y tú, en unas semanas, dilapidas tu fortuna para dar de comer a todos esos holgazanes que son la carcoma de la sociedad...

—¡Todos pagaron su comida mientras pudieron! ¡Y todos la pagarán cuando puedan! Pero ahora que no tienen trabajo, ahora que siguen siendo hombres y teniendo las mismas necesidades de todos los hombres, es preciso que alguien les dé pan para que no lleguen hasta la desesperación.

—Pero la caridad, si no está bien administrada, crece como una bola de nieve y engendra multitudes de vagos, de maleantes, de abusones... ¡Los pobres son el cáncer de la sociedad moderna!... Si yo estuviera en el poder aniquilaría a los pobres, los exterminaría, como se extermina una plaga de ratas o el microbio de una enfermedad contagiosa...

Tom no quiso contestar a aquellas frases del loco que ahora tenía las mismas exaltadas ideas de cuando le conoció, pero completamente a la inversa: entonces quería acabar con los ricos, destruir el capital, llegar al reparto absoluto de todo lo que formaba la base de las fortunas; hoy que

era rico quería destruir al proletariado, aniquilar al que tiene hambre, acabar con toda aquella bandada de hombres sin trabajo, sin pan y sin hogar, como si fueran animales inmundos de los que es sano deshacerse... ¡Qué asco y qué dolor, comprobar una vez más la crueldad y la injusticia humanas!...

No tardó mucho en llegar a oídos de la policía lo que ocurría en casa de Tom. Aquella podía ser una reunión clandestina de comunistas que quisieran llevar a cabo alguna algarada revolucionaria. Tuvieron confidencias. Se movilizaron a todos los hombres que se creyó necesario para poner término a lo que, según la alta burguesía y las clases directrices, podía constituir un atentado contra la tranquilidad pública y un día se presentaron en casa de Tom dos agentes de la secreta.

—Somos de la policía secreta—le dijeron, presentándose sin ambages—. Queremos hablar a solas con usted.

—Digan lo que deban decir.

—Usted fué el que, hace unos años, provocó un motin comunista... Ahora le vigilamos de cerca y no consentiremos en modo alguno que aquello vuelva a repetirse.

—No lo provoqué entonces ni pretendo llevar a cabo ninguna revolución. Me limito a cumplir lo que yo creo mi más estricto deber.

—¿Qué piensa usted hacer ahora?

—No lo sé.

—¿Dónde vive usted?

—Aquí mismo, en los altos de la casa.

—¿Se quedará en la ciudad?

—Si me conviene, sí...

—Pues si decide quedarse, pórtese bien y búsquese trabajo pronto... No ande en tonterías comunistas, porque lo puede pasar muy mal.

Tom se quedó muy preocupado después de aquella primera entrevista con la policía. Estaba seguro de que todo cuanto hiciera sería para empeorar su situación y temía ser de nuevo cogido e internado en Alaska otra vez... La policía le espía de cerca. Tom no podía dar un paso sin que le siguieran agentes de la secreta y el despilfarro de dar alimento a todos los obreros sin trabajo que se presentaban a las puertas de su casa, tenía en constante alarma a los agentes de vigilancia.

Una nueva revuelta comunista, en la que Tom no había tomado parte, decidió a éstos a poner fin a aquel estado de

cosas, llamando a Tom y poniéndole en la alternativa de abandonar inmediatamente la ciudad si no quería que fuera de nuevo condenado a otros cinco años de trabajos forzados.

Tom decidió partir. Sentía separarse de su hijo y sentía abandonar a Mary que había sido tan buena con él y tan amante para con su pequeño hijo. Sentía tener que marchar como un perro sarnoso al que todos arrojan de su lado... Pero comprendió que era absolutamente preciso. Y se marchó.

—Papá, ¿por qué te marchas tan pronto? — le preguntó el nene, abrazándole con sus bracitos que hubieran querido convertirse en potentes cadenas para retener a su padre.

—Ya volveré, ya volveré, si es posible—replicó Tom, haciendo un esfuerzo supremo para contener las lágrimas.

—¿Dónde irás? — preguntó Mary que sentía de nuevo desgarrado su corazón amante por aquella separación que temía fuera ya eterna.

—No sé, Mary, no sé... Si puedo ya te escribiré... Gracias por todo cuanto has hecho por mí...

—¿No quieres llevarte algún dinero que te ayude hasta que encuentres ocupación?

—No, lo único que quiero es que cuides bien a mi hijo... Bill es bueno... ayúdale a hacerse hombre...

—Tom... ¿me dejas besarte? — le preguntó Mary hondamente conmovida, cogiéndole la cabeza y besándole con un beso en el que había ternura de madre, cariño de esposa, pasión de amante—. Cuidaré de tu hijo y le enseñaré a ser bueno, grande, noble y generoso como eres tú...

* * *

Entonces comenzó para Tom Holmes una nueva etapa de martirio y de tortura infinitos. Corrió de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, siempre en busca de trabajo. Conoció los largos días en que el hambre araña el estómago y la miseria sugiere trágicas ideas malévolas. Conoció el espanto con que los ojos ávidos leen el letrero colocado en todas partes, como un estigma fatídico: "NO SE NECESITAN OBREROS".

Conoció las persecuciones, el que le echaran de las ciudades en donde no había lugar para los forasteros, de que le dijeran frases duras y palabras lacerantes.

En vano invocaban él y sus compañeros el honor ganado en los campos de batalla.

—¡No somos vagos!—exclamaban—. ¡Somos soldados que hemos asistido a la espantosa tragedia de la Gran Guerra!

La duda se reflejaba en todos los semblantes. No se hacía caso ni de las cruces, ni de los honores ni del desinterés de aquellos hombres que habían luchado por una patria desconocida y lejana.

—Acaso hayan sido soldados... Pero ahora no paren hasta cruzar la frontera, si no quieren pasarlo muy mal...

Y así iban en una vida nómada, de fieras a las que el hambre acorrala y lleva de un lado para otro en busca del sustento cotidiano.

Así encontró un día, de pronto, en una de las poblaciones a las que acudió en busca de socorro, a Roger Winson, al que había sido su compañero de infancia, al que fué su compañero de armas y que le había luego traicionado arteramente. Tom no tuvo para él ni una palabra de reproche. Fué Roger el que se acercó a él para pedirle que le diera algo que comer.

—¿Tú, tú en estas condiciones?—le preguntó Tom mirándole con sorpresa.

—Sí, yo... He tenido mi merecido... La crisis económica repercutió en la Bolsa, bajaron los valores, nos faltó el medio de conjurar aquella súbita depreciación y tuvimos que declararnos en quiebra...

—Tu padre especulaba con dinero ajeno... no podía prosperar de modo alguno.

—Y yo le ayudé... y puestos en la pendiente no pudimos parar hasta nuestra total ruina y la ruina de todos cuantos nos habían confiado su dinero.

—¿Y qué se ha hecho de tu padre?

—Mi padre tuvo el valor de suicidarse... En cambio yo, dominado siempre por la cobardía, no fui capaz de hacerlo.

—¿Y te han condenado?

—A dos años de presidio.

—Yo estuve cinco, por un crimen que no había cometido —murmuró apretando los dientes Tom, que sentía revivir en él todas las heridas que la vida le había inferido.

—Tom... yo fui malo contigo... yo me porté contigo miserablemente... Mi padre y yo labramos tu desdicha... ¡Y todo por una medalla y unos cintajos que llamaban honores!

—Ya ves... Tú empezaste muy arriba... y yo empecé abajo

de todo... ¡Y ahora la miseria nos reúne y nos iguala a los dos!

—¡La miseria!... ¡La miseria que los ricos mismos hemos labrado!... ¡La miseria que acabará envolviéndonos a todos y arruinando a la humanidad conduciéndola al caos! ¿En qué crees que parará todo esto? El país se hunde...

—¡No! ¡Estados Unidos es una nación fuerte y poderosa! ¡No puede dejarse vencer! ¡Pronto estará mucho más fuerte que nunca, porque sabrá reconstruir sobre sus propias ruinas lo que hoy tiene aún remedio!

—¡Nunca pensé que, después de todo cuanto has pasado, pudieras ser optimista!

—Amo a mi país y espero para él la prosperidad, aunque yo ya no la tenga que ver...

La policía que perseguía constantemente a los vagos, puso término a aquella conversación y la cuadrilla de los sin trabajo siguió su peregrinación dolorosa e interminable a través de los Estados, perseguidos por la crueldad de los que eran aún poderosos.

* * *

—¿Cuándo volverá papá?—preguntaba Bill a Mary que le amaba con dulzura y que le trataba con todo el cariño de su alma grande y sublime.

—No lo sé, querido; pero nosotros le esperaremos siempre.

—¡Qué bueno es papá, ¿verdad?

—Nadie hay en el mundo tan bueno como él, hijo mío... Se sacrifica por los demás... Lo ha dado todo, todo, para que los otros fueran felices y no ha pensado en sí mismo ni un solo instante... Puedes estar orgulloso de él, Bill; puedes decir siempre que eres el hijo de un héroe...

—Tía Mary, cuando yo sea mayor quiero ser como mi padre—murmura el niño.

Y la mujer, para que el chiquillo no pueda sorprender la mirada de angustia de sus ojos que han aprendido a contener las lágrimas, le abraza en un estrecho abrazo con el que parece querer librarle de todas las asechanzas que la vida puede guardar a aquella criatura inocente en la que ella ha puesto toda su alma.

F I N



E. B.



Cubierta, Imp. M. PELLICER
Muntaner, 111 - Teléfono 76132

Precio: 50 céntimos